

En el tren se viven historias

By Margarita Dager-Uscocovich

Uso el servicio de tren en lugar de mi pequeño *Fiat*, el cual tengo estacionado en el cobertizo de la casa de la abuela, a dos cuadras de mi pequeño chalet a las afueras de París. Podría manejarlo sin problema alguno, pero el estacionamiento es una joda en la ciudad. París está tan superpoblada, tanto que ya no caminas por la acera sino también por las orillas de las avenidas. Haciendo piruetas esquivas a los demás para no ser arrojado sin piedad por un loco al volante de un auto, o de una motoneta. Si en Versalles hubiera una sucursal de la revista, trabajaría desde casa o viajaría hasta sus instalaciones en bicicleta, pero así es la vida, me toca tomar el tren todas las mañanas y hundirme en sus olores, y agarrarme de las historias que se tejen en sus adentros.

Subirse en un tren tiene sus ventajas, se ha vuelto una experiencia rutinaria en un sentido, en otro, es cómodo la mayoría de las veces. Obvio, siempre y cuando te levantes temprano, porque en las famosas *horas pico* viajas apretado como si fueras una sardina marinada en vinagre debido a que tus sudores y los de los otros viajeros se impregnan, y borran el rastro del perfume o de la loción de baño que te untaste. Así, el sudor se mezcla como una cosa extraña y te secuestra implacable. Sin embargo, cuando viajo; los ruidos, las imágenes, el chirrido de las ruedas al frenar en las estaciones próximas, evocan recuerdos gratos de la niñez. También los paisajes son paradisíacos cuando viajo fuera del país. Adoro la obscenidad de la belleza extranjera, pura y diferente a esta parte de Europa cosmopolita. Me gusta viajar a España en el AVE y pasar bajo los Pirineos. Viejas fronteras se unen, se avanza, se marcan los antes y después. La vía está llena de escapadas y visitas, el verde en degradé pinta cuadros emblemáticos donde el vocablo es la naturaleza con su postura de pastos, de árboles erguidos, de naturaleza y montañas nevadas que se levantan justo allí, frente a tus ojos. En el tren no esperas que las cosas se tornen fáciles o simples o mejores. La vida dentro de él, es siempre sorpresiva y a la vez completa. Podría decir que me he acostumbrado a ser feliz ahora.

Es posible que viaje en tren porque tengo la excusa de zambullirme en la historia, en la vida de los lugareños que esporádicamente observas durante el viaje o los viajes a donde quiera que vayas. Cuando es invierno y la noche cae, observo cómo los árboles se simulan muertos, todos en hileras están desnudos, a veces los veo como garras negras que se empinan hasta el cielo tratando de despojar los copos de perlas que caen de manera copiosa. Me gusta la noche, y la luna que parece un manto líquido de plata. Tranquila, misteriosa, silenciosa me vuelve un ser incapaz de contener las lágrimas. Prosigo imaginando, escribiendo a veces en mi libreta negra. Tanta belleza me oprime la garganta, me impide hablar. Siempre en invierno rompo a llorar abandonado a los sentimientos. Cuando el día arriba, me aferro también a su tiempo a sus colores dinámicos que lentamente me roban el aliento. Absorto, vivo y muero en estos viajes y doy gracias en silencio porque soy capaz de continuar.

Las experiencias que se viven montando en él, nos hacen soñar o se pueden tornar dramáticas; como la vez en que mi prima se despatarra en la mitad del segundo piso del tren

para dar a luz a Paulette mi sobrina el año pasado, justo en la época navideña. De sus piernas rodaba un líquido pegajoso y transparente que pensé sería orine; un grito desgarrador salió desde lo más profundo de su pecho llamando la atención de los usuarios que con los ojos como platos la miraban aterrados. Recuerdo mi abrigo tirado en el corredor del tren y a mi prima jadeante y sudorosa aullando como un lobo herido. Sus caderas quedaban expuestas a la vista de los curiosos que angustiados se llevaban la mano en el pecho y a la boca. Yo, petrificado atinaba a solo sostener su mano y murmurar —*tout ira bien cherie, tout ira bien*. O cuando una madre y su niña que subieron en la estación *Grand Boulevard* una tarde de regreso a casa. La niña se vomitó desperdigado partículas multicolores de restos del almuerzo colegial y manchó mis zapatos de 300 euros que me había regalado mi abuela. Cuando le conté a la familia en el almuerzo de domingo, me llamaron *connard* por calzar estos zapatos en el tren. Sin embargo, ¿cómo se supone que voy a calzar? les pregunté y sugerí con vergüenza ...! vale, vale, puf, ¡no me crean gilipollas!

Hay un sinnúmero de experiencias que puedo contar, experiencias desastrosas, desagradables, pero también puedo contarles que cada mañana hay una joven que viaja en el mismo tren y que sus ojos avellanados que se reflejan en una de las ventanas frente a la mía. Sus ojos devoran las expresiones de la gente que sube y desciende, que habla, sonrío, discute o que simplemente miran ausente a una parte no definida como lo hace Monsieur Ezkerra, un chocolatero Vasco y viudo que trabaja en la tienda Lindt de la estación *Paris Opera* a quien conozco desde niño. Su mirada no tiene el color y la energía que tenía cuando vivía su esposa Marga. Ahora es vacía, extraña, agarrada del infinito horizonte que se delinea a través del vidrio. Elle lo dibuja hoy. Elle dibuja todo el tiempo cuando no posa sus hermosos ojos en la vida que yace plana, o coloreada por los grafitis de los que ahora cometen actos vandálicos en las estaciones de la ciudad. Sus dedos ágiles crean sombras alrededor del retrato de este viejo ausente, las líneas son mágicas y transforman la perspectiva del patrón que yo tengo de Monsieur Ezkerra.

Elle puede ver el alma del pobre anciano. En los surcos de su rostro se develan secretos íntimos, se devela el amor que ya no está, ese amor que mueve montañas, que ama morir en la carne, que vuelve loco a todos despertando la sensibilidad de cada uno de nosotros, de ese amor que viene de todas partes del mundo. En sus fondos de líneas cóncavas y largas, la responsabilidad que todavía como un reloj suizo se hace presente para impulsarlo a levantarse por las mañanas, y continuar produciendo esas mezclas dulces de textura lisa y sabor agradable a chocolate que le llevó a la abuela para las ocasiones especiales, brilla sobre el papel amarillento del cuaderno de esta joven desconocida y angelical que me atrae, se llama Elle como la protagonista de la película dirigida por Paul Verhoeven. Elle me mira y esboza una sonrisa inclinando ligeramente su cabeza. Es la forma en que me dice buenos días. Tímidamente muevo mi mano que se petrifica a medida que siento las miradas de los demás a mí alrededor. Creo que se han dado cuenta que me gusta. Pensaran que soy demasiado mayor para ella, pero no lo creo, solo tengo veinticinco años.

Desvió la mirada y me hundo en el paisaje de esta mañana fría de primavera. El sol se eleva con sus rayos dorados, las nubes azules y blancas forman figuras de ángeles, la gente se apretuja a la altura de la estación de la *Concorde* y una familia de turistas protegen a su hija de

las manos de los zánganos que de vez en cuando se adueñan de las nalgas jóvenes o de las otras manos, esas mismas que ahora están abriendo la bolsa de la madre para ver si encuentran algo de valor. Se apretujan unos a otros, la niña siempre está cubierta por el cuerpo de los padres y levanta su cabeza para poder respirar, su rostro está enrojeciendo, imagino que el calor que los cuerpos le producen es agotador, más los empujones de la gente que trata de abrirse paso para descender la han de asustar. Son americanos creo, porque uno de ellos habla inglés, pero lo pongo en duda cuando la niña y la madre hablan en francés. La pequeña se limpia una lágrima y se empina tratando de robar aire para conseguir sobrevivir a la situación desesperante de sentirse ahogada. La madre la acaricia y con su voz firme le dice —*Calme, ferme les yeux et respire*—. Las manos ladronas no encuentran nada de valor en el cierre pequeño de la bolsa de la madre. Yo observo esas manos, son pequeñas pero rápidas, son de dedos largos y delgados, casi huesudos, blancos; pertenecen a un jovencillo que está en la transición a la pubertad. Tiene ojeras, y lleva una boina azul. Descubre nervioso que lo observo, pero no se ve arrepentido, se aleja hacia el fondo del vagón y yo vuelvo a mi posición original de observar el mundo por la ventana.

La estación *Concorde* queda otra vez atrás, se va vaciando a medida que los trenes recogen pasajeros, a las 8:30 am. me toca a mí descender en la estación Madeleine, la joven Elle, la de los ojos almendrados se levanta del asiento frente al mío, baja la escalinata y pide permiso para pasar a la familia de turistas que siguen apiñados a un lado de la puerta de entrada evitando caer. Se apea y atrás me apeo yo. Me mira, yo la miro, me sonrío, yo hago lo mismo y me señala los pies con una mueca divertida y amplia. Sorprendido miro hacia mis pies y veo que me he venido a trabajar en pantuflas.

Me sonrío y le doy una palmadita a mi frente. — ¡ya es muy tarde para remediar mi falta de atención! —exclamo con ironía, subiendo mis hombros en señal de justificación. Elle gira sobre sus propios pies, se aleja suavemente y continúa balanceando sus caderas que bajo su falda plisada se perfilan exquisitas y redondas. Sus botas negras militares se pierden en la curva de salida y yo, me dirijo a la cafetería *Fauchon* a desayunar.